

SE ME OCURRIÓ PENSAR...

Y allí estábamos todos reunidos, para variar, otro sábado por la tarde. Éramos unas doce personas, pero los mejores invitados eran esas tres botellas de la bolsa blanca, cada una con un sabor y un tamaño distinto. Para no hacer esperar nuestras ganas, llegó el momento de abrirlas. Las botellas iban de mano en mano, llenando vasos. Los vasos iban de boca en boca, saciando gargantas.



El primer trago de todos era único, algo normal si llevabas esperando ese sorbo desde hacía una semana. Pero mi primer trago quedaba muy lejos... Estaba feliz, contenta, cualquier cosa que me decían me producía risa, y lo mejor de todo era que en mi estómago había hueco para más. Si desde ese momento hubiera controlado la situación, quizás nada hubiera ocurrido, pero ya no supe parar.

¿Cuántas veces oí aquello que siempre repiten: "No bebas más, anda, que te sentará mal y tus padres te acabarán pillando". Pero en esos momentos lo que menos me importaba era que mis padres me

viesen bebida, nunca me lo había pasado tan bien.

Estaba agobiada, y por un instante pensé en cómo se sentiría un ave volando en mitad de la noche, así que extendí los brazos y comencé a dar saltos y a correr de un lado a otro, cómo no, sin parar de reír. Pero en medio de la noche apareció un sol, bueno, dos soles, que poco a poco iban acercándose hacia mí, hasta que al final se juntaron conmigo. A partir de entonces no me acuerdo de nada. No me acuerdo de por qué fui tan tonta, tan imbécil. Y ahora estoy sentada en una silla de ruedas. No puedo siquiera balancear las piernas, por culpa de ese coche que me atropelló, aunque estaría mejor dicho decir que yo fui la que se dejó atropellar, simplemente por el efecto de esas tres botellas.

M^a Pilar Casado 3^o ESO